

50. See Immanuel Wallerstein, *The Modern World System* (New York: Academic Press, 1974), and *The Capitalist World Economy* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979).
51. Arghin Emmanuel, *Unequal Exchange, A Study of the Imperialism of Trade* (New York: Monthly Review Press, 1972).
52. See Samir Amin, *Accumulation on a World Scale* (New York: Monthly Review Press, 1974).
53. See, for instance, John G. Taylor, *From Modernization to Modes of Production, A Critique of the Sociologies of Development and Underdevelopment* (London: Macmillan, 1979).
54. For an introduction to the regulation approach in general, see Robert Boyer, *La théorie de la régulation* (Paris: Editions La Découverte, 1986).
55. Alain Lipietz, *Miracles and Mirages*
56. Alain Lipietz, *Miracles and Mirages*, p 19.
57. Alain Lipietz, *Miracles and Mirages*, pp. 25-6.
58. Alain Lipietz, *Miracles and Mirages*, p 19.
59. World Bank, *Development and the Environment* (Oxford: Oxford University Press, 1992), p. 7.
60. Data calculated on the basis of the *World Development Report 1994*; and Richard Douthwaite, *The Growth Illusion* (Bideford, Devon: Green Books, 1992), p. 195.
61. World Bank, *Development and the Environment*, p 37.
62. UNFAO, *Sustainable Crop Production and Protection: Background Document* (UNFAO: 1991), p. 2.
63. Barry Hugill, *The Observer*, (3 March 1996).
64. UNICEF Report 1994, *The Guardian* (22 June 1994).
65. In a similar vein, John Holloway of Edinburgh University argues in *Capital & Class* that we live in a world where 'exploitation is not the exploitation of poor countries by rich countries but of global labour by global capital'; quoted in William Keegan's column, *The Observer* (6 Feb. 1994).
66. Gustavo Esteva, 'The right to stop development', *NGONET UNCED Feature* (13 June 1992), Rio de Janeiro.
67. See 'Reclaiming the commons', *The Ecologist*, Vol. 22, No. 4 (July-Aug. 1992), p. 202.
68. Gustavo Esteva, quoted in *The Ecologist*, Vol. 22, No. 4 (July-Aug. 1992), p. 174.
69. See Shlomo Avineri (ed.), *Karl Marx on Colonialism and Modernization*.
70. See Ted Trainer, *Developed to Death*.
71. Cornelius Castoriadis, 'The West and the Third World' in *The Broken World* (Athens: Upsilon, 1992), p. 91.
72. Cornelius Castoriadis, *The Broken World*, p 96.
73. André Gunder Frank, 'Development, democracy, and the market', *Society and Nature*, Vol 3, No. 1 (1995), pp. 1-25.
74. *The Ecologist*, Vol 22, No. 4 (July-Aug. 1992), p. 159. For more data, see Tim Lang and Colin Hines, *The New Protectionism* (London: Earthscan, 1993), Ch. 3.
75. André Gunder Frank, 'Development, democracy, and the market', p. 12.

Capítulo 4

La crisis generalizada de la economía de crecimiento capitalista

Hoy se ha llegado a reconocer en general que la sociedad contemporánea, que actualmente adopta en todas partes la forma de una economía de mercado/crecimiento, está atravesando una crisis profunda y general. Es precisamente el carácter universal de esta crisis lo que constituye el factor determinante que la diferencia de otras crisis anteriores, mientras que, simultáneamente, pone en tela de juicio prácticamente todas las estructuras y 'significaciones' en que se apoyan las sociedades jerárquicas contemporáneas de Oriente y Occidente, del Norte y el Sur. De manera que, la crisis actual pone en tela de juicio no sólo las estructuras políticas, económicas, sociales y ecológicas que se formaron con la economía de mercado, sino también los valores mismos que sostuvieron dichas estructuras y en especial el significado que adquirió, después de la Ilustración, el progreso y la identificación parcial de éste con el crecimiento.

La primera parte de este capítulo trata de las muchas dimensiones (económica, política, social, ideológica) de la actual crisis generalizada. La segunda se centra en la crisis ecológica y los enfoques formulados para interpretarla, los que, de hecho, representan una síntesis de las tradiciones clásicas que surgieron con la aparición de la economía de mercado (liberalismo, socialismo) y el paradigma ecológico. También se discuten las premisas de otros tres enfoques, que, en diversos grados, pueden considerarse no pertenecientes a esa síntesis (la ecología profunda, el desarrollo 'sustentable' y el desarrollo 'apropiado').

En la parte final, se examinan las propuestas de la derecha y la izquierda para superar la crisis multidimensional y se afirma que la propuesta de la primera de entender aún más los mercados está destinada a empeorarla mientras que la de la última -fortalecer la 'sociedad civil'- es a la vez ahistórica y utópica en el sentido negativo del término. La conclusión es que, en el contexto de la actual crisis generalizada, la necesidad de contar con una nueva manera de ver, que supere tanto la economía de mercado neoliberal como el estatismo socialista, es más apremiante que nunca.

Una crisis multidimensional

La dimensión económica

En lo que se refiere, primero, a la crisis económica, el Norte tiene aún que recobrar de la crisis que afloró a mediados de la década de 1970 como resultado de la contradicción fundamental que se creó, como vimos en el Capítulo 1, por la internacionalización de la economía de mercado y la paralela expansión del estatismo, en el sentido del activo control del Estado dirigido a determinar el nivel de la actividad económica. En

un intento de resolver esta contradicción, los neoliberales y los social-liberales iniciaron un proceso de reducción del papel económico del Estado y de paralela liberalización de los mercados que ya ha tenido consecuencias devastadoras en la mayoría de la población del Norte.

Así que la drástica reducción del estatismo ha sido, al menos en parte, la causa de la gran expansión del desempleo abierto. Sin embargo, parece que el desempleo masivo que se registra actualmente en el Norte es un período de transición que hará pasar la economía de mercado de las condiciones de relativo pleno empleo del período del consenso socialdemócrata a un nuevo período de empleo masivo de bajos salarios y subempleo. Este hecho sería la consecuencia de la liberalización de los mercados de trabajo y de un esfuerzo determinado que realizarían las élites políticas para reducir el desempleo abierto, que tiene un alto costo político y desacredita por completo a la economía de mercado/crecimiento. Un reciente análisis de las cifras del Ministerio de Trabajo de Estados Unidos es revelador de las tendencias actuales. Entre 1979 y 1995, se habían perdido en Estados Unidos más de 43 millones de puestos de trabajo y, como se dice en el análisis (aunque la mayoría de esos puestos han sido reemplazados),

el perjuicio radica en la naturaleza del trabajo de reemplazo. Mientras que hace 25 años la gran mayoría de las personas que eran despedidas encontraban empleos con salarios tan buenos como los anteriores, las cifras del Labor Department muestran que ahora solo alrededor del 35 por ciento de los trabajadores de jornada completa despedidos terminan en puestos tan bien o mejor remunerados... el resultado es la mayor inseguridad laboral desde la Depresión de la década de 1930.¹

Además, el efecto de la liberalización de los mercados en Estados Unidos ha sido el drástico empeoramiento de la distribución del ingreso. Los salarios reales de las dos terceras partes de los trabajadores estadounidenses bajaron considerablemente (los salarios semanales disminuyeron en un 18 por ciento entre 1973 y 1990), lo que ocasionó una considerable extensión de la desigualdad². De modo que, aunque entre 1979 y 1994 el ingreso familiar medio subió un 10%, el 97% del aumento fue para el 20 por ciento más rico³.

Es seguro que las tendencias de Estados Unidos se reproducirán pronto por todo el Norte, en especial después del derrumbamiento del modelo de capitalismo de 'mercado social' de 'Renania'. Se puede pronosticar con certeza que la feroz competencia entre los países del Trío creará condiciones, no tanto de un desempleo masivo *abierto*, sino de empleo de bajos salarios en el contexto de mercados de trabajo 'flexibles'. El secretario general de la OCDE fue claro respecto a esto en la cumbre del 'Grupo de los 7' sobre puestos de trabajo, celebrada en Lille en abril de 1996: 'Mañana, la tercera vía entre el desempleo y la inseguridad estará más cerca del modelo anglosajón que del 'europeo'. ... son los países anglosajones los que, como consecuencia de la mayor flexibilidad de sus economías, pueden crear más puestos de trabajo'⁴.

Sin embargo, en mi opinión, la crisis de la economía de mercado/ crecimiento en el Norte no constituye el elemento decisivo de la crisis económica. Mientras se reproduzca de algún modo la sociedad 'del 40%', el sistema puede estabilizarse cuando pasa a un nuevo equilibrio que se basa en la explotación de las ventajas tecnológicas del Norte y el bajo costo de producción del nuevo Sur. Pienso que el elemento decisivo de la crisis económica consiste en el hecho de que el sistema de la economía de mercado no es *intrínsecamente* capaz de transformar la economía de mercado del Sur en una economía de crecimiento autosostenido, similar a la que ya está establecida en el Norte. Esto queda demostrado por el hecho de que la desigualdad entre el Norte y el Sur ha

aumentado de manera muy espectacular desde el comienzo del proceso de extensión de los mercados en la periferia -es decir, desde que la economía de mercado del primero empezó a penetrar las economías tradicionales del segundo- y sigue creciendo rápidamente. El resultado de la universalización de la economía de mercado/crecimiento es la marginación de una parte muy importante de la población mundial. Así, según la OIT, a principios de la década de 1990, había 120 millones de personas desempleadas y 700 millones subempleadas que vivían por debajo del nivel de subsistencia⁵. En otras palabras, alrededor del 30 por ciento de la población mundial que es capaz de trabajar no tiene trabajo suficiente para mantenerse, una crisis correctamente calificada de peor que la de la década de 1930. Además, según el último Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU (1996), la riqueza total de las 358 personas más ricas del mundo es igual al ingreso global de 2.300 millones de personas, el 45 por ciento más pobre de la población mundial. Estos hechos, por sí mismos, están poniendo en tela de juicio toda la base económica y social de la economía de mercado.

La incapacidad intrínseca del Norte para crear sociedades de consumo autosostenidas en el Sur proviene del hecho de que la concentración de poder económico y la paralela desigualdad creciente en todo el mundo no son sólo consecuencias sino también, como se demostró anteriormente, condiciones previas para la reproducción de la economía de mercado/crecimiento. Los recursos naturales de la Tierra sencillamente no son suficientes para universalizar los niveles de vida que disfrutaban hoy los privilegiados del Norte. En otras palabras, hay una barrera natural absoluta que hace imposible la mundialización del tipo de economía de crecimiento capitalista del Norte.

De modo que, incluso si la población mundial fuera a mantenerse en las cifras actuales en el próximo siglo, la universalización de la economía de crecimiento del Norte implicaría cuadruplicar la producción anual mundial de energía para generalizar los niveles de consumo de energía per cápita que disfrutaban actualmente los países de ingresos altos (o sextuplicarla para que todos tengan los niveles de consumo de Estados Unidos). Pero, por supuesto, la población mundial forzosamente aumentará de manera considerable durante el siglo XXI. Si suponemos, por ejemplo, que la población mundial en algún momento del siglo ascienda a 11.000 millones -cálculo razonable si nos atenemos a los datos de que se dispone actualmente- entonces, para que los habitantes de nuestro planeta alcancen el uso de energía per cápita que los que viven en los países ricos disfrutaban ahora, la producción mundial de energía tendría que ser ocho veces más que la actual (o 12 veces más para que todos disfrutaran de los niveles de consumo estadounidenses)⁶. Sin embargo, según los cálculos existentes de todos los recursos minerales y energéticos potencialmente recuperables (incluso todos los yacimientos que se pudieran encontrar alguna vez), 'no hay ninguna posibilidad de que todo el mundo pueda llegar ni cerca a los índices per cápita que la minoría de los países ricos disfruta ahora... ni hay ninguna manera previsible de extraer semejantes cantidades de energía de otras fuentes como el sol, el viento o las mareas'⁷. Si, como otra solución, tratamos de generalizar los niveles actuales de consumo de energía occidentales utilizando la energía nuclear, entonces, como subraya el mismo estudio, suponiendo que la población mundial llegue a los 11.000 millones durante el siglo XXI, necesitaríamos construir 200.000 reactores nucleares gigantes, es decir multiplicar por 1000 la capacidad nuclear actual del mundo.

Por todo esto, pese a la tremenda crisis 'objetiva', que significa que el sistema económico actual no puede satisfacer siquiera las necesidades básicas de por lo menos la quinta parte de la población mundial⁸, la economía de mercado mundial no es muy cuestionada. Es obvio que el derrumbamiento reciente de la economía de crecimiento 'socialista' y la consiguiente integración de la izquierda en el social-liberalismo ha

funcionado como un factor decisivo de pacificación en el plano subjetivo. Esto hace aún más imperiosa la necesidad de contar con un nuevo proyecto liberador, que supere tanto la economía de mercado como el estatismo 'socialista'.

La dimensión política

El fenómeno conocido como la 'crisis de la política', que hoy está socavando los cimientos de la democracia parlamentaria, da una indicación característica de la dimensión política de la crisis. La crisis creciente de la política tradicional se expresa hoy por varios síntomas que frecuentemente adoptan la forma de una impugnación implícita o explícita de las instituciones fundamentales de la democracia liberal (partidos, contiendas electorales, etc.). Esos síntomas son los considerables y a veces crecientes índices de abstención en las luchas electorales, la cantidad de miembros de los partidos que disminuye, el hecho de que el respeto por los políticos profesionales nunca ha estado en un nivel tan bajo (los muy frecuentes escándalos financieros que se registran últimamente en Italia, Francia, España, Grecia y otras partes sencillamente han reafirmado la creencia de que la política, para la gran mayoría de los políticos -tanto liberales como socialdemócratas- es sólo un trabajo, es decir una manera de hacer dinero), etc. En este contexto de crisis general de la política tradicional, no parece extraño, como veremos más abajo, que la política de izquierda salga particularmente mal parada.

Con respecto a la crisis general de la política tradicional, una causa histórica de la apatía actual de las masas es el hecho de que 'los dos últimos siglos han demostrado la incompatibilidad de la democracia liberal y el 'socialismo' marxista-leninista con el proyecto de autonomía'. Sin embargo, sigue planteada la pregunta de por qué esta crisis se ha vuelto particularmente grave en la última década o poco más o menos. En mi opinión, la respuesta hay que encontrarla en el efecto acumulativo de los cambios estructurales que han afectado a la economía de mercado desde mediados de la década de 1970:

- La creciente internacionalización de la economía de mercado que ha debilitado efectivamente no sólo el poder del Estado para controlar los hechos económicos sino también, por consecuencia, la creencia en la eficacia de la política tradicional.
- La grave intensificación de la lucha por la competitividad entre los países del Trío (UE, EE.UU, Japón) que, a su vez, produjo el derrumbamiento de la socialdemocracia, el establecimiento del 'consenso neoliberal' y la consiguiente eliminación efectiva de las diferencias ideológicas entre los partidos políticos.
- Los cambios tecnológicos que han llevado a la actual sociedad postindustrial y los cambios correspondientes en la estructura del empleo y el electorado, que, junto con el desempleo y el subempleo masivos han provocado la disminución del poder de la clase trabajadora tradicional.

Las contiendas electorales de hoy en día las decide en realidad la disputada mayoría electoral del '40 por ciento', mientras que la 'subclase', que han creado el neoliberalismo y la automatización, la mayoría de las veces no participa de esas contiendas. Por lo tanto, la creciente apatía hacia la política no sólo refleja principalmente una indiferencia general con respecto a las cuestiones sociales, como consecuencia del consumismo, sino una creciente falta de confianza, en especial de los grupos sociales más débiles, en los partidos políticos tradicionales y la capacidad de éstos para resolver los problemas sociales. No es por casualidad que los índices más altos de abstención en las luchas electorales suelen darse entre los grupos de menores ingresos, que ya no perciben ninguna diferencia importante entre los partidos liberales y los socialdemócratas. Otra parte de la creciente indiferencia hacia la política tradicional, en

especial entre los jóvenes, se debe a una desilusión cada vez más grande del socialismo, que ha llevado al mito del 'fin de las ideologías' y ha aumentado más la difusión de la cultura del individualismo que ha fomentado el neoliberalismo.

Sin embargo, si el empeoramiento de la crisis de la política puede atribuirse a los factores mencionados, la crisis misma es crónica y abarca a todos los ciudadanos (salvo una muy pequeña minoría) que se sienten apartados de un proceso que en realidad no controlan. Esto, a su vez, pone en tela de juicio la democracia liberal, un sistema que permite a una minoría social (los políticos profesionales) determinar la calidad de vida de cada ciudadano.

La política de izquierda ha sido particularmente afectada por la crisis general de la política tradicional. La explicación corriente de este fenómeno se remonta a la amenaza para el sistema que significó el surgimiento de la 'nueva izquierda' a fines de la década de 1960 que, una vez que se desvaneció, fue inevitablemente seguida por la reacción de la élite dirigente que condujo al vuelco general hacia la derecha que se produjo en Occidente. Pero creo que, con reacción o sin reacción, los cambios estructurales mencionados más arriba estaban destinados a afectar particularmente a la política de izquierda. El derrumbamiento de la socialdemocracia fue no sólo el resultado inevitable de la importante reducción del poder económico del Estado, y en especial su facultad de garantizar altos índices de empleo en una economía internacionalizada, sino que se debió también a que las políticas keynesianas redujeron los beneficios y la competitividad del capital, ya que hicieron que los salarios reales aumentaran más rápido que la productividad.

El abandono del compromiso del pleno empleo, junto con el gradual desmantelamiento del Estado benefactor (a fin de crear mejores condiciones de competitividad mediante la importante reducción del 'salario social' que estaba poniendo un peso considerable en el costo de producción), debilitó fatalmente el atractivo político de la socialdemocracia y condujo a la crisis actual de la política socialdemócrata. No obstante, los socialdemócratas pretenden que no hay ningún 'consenso neoliberal' y que sus políticas son considerablemente diferentes de las de los liberales. Todo esto pese al hecho de que el principio neoliberal fundamental, es decir, aumentar al máximo el papel del mercado en la economía y la sociedad ya ha sido consagrado en sus propios programas políticos o de gobierno. Sin embargo, el consenso neoliberal, que en Europa ya ha sido institucionalizado por medio del Tratado de Maastricht, no es meramente un fenómeno temporal sino que, como hemos visto más arriba, representa la consecuencia política de cambios estructurales introducidos en el sistema de la economía de mercado que llevan a la realización de éste, proceso histórico que fue simplemente interrumpido por la fase estatista.

Finalmente, el derrumbamiento del 'socialismo real' desempeñó un papel decisivo con respecto a la decadencia de la política de izquierda, puesto que contribuyó de manera considerable a que aumentara la desilusión del proyecto socialista y proporcionó, a quienes lo necesitaron, el pretexto moral para fomentar valores individualistas. Una clara indicación de esto es el paso masivo de muchos intelectuales ex socialistas al liberalismo. El hecho de que, en primer lugar, los regímenes del Este no fueran auténticamente socialistas no desempeñó ningún papel importante en lo que respecta a modificar el pesimismo general que creó su derrumbamiento. Esto puede tener su explicación en que el partidario medio de la izquierda de Occidente no estaba en condiciones de apreciar la verdadera naturaleza de esos regímenes o bien que el fracaso mismo del experimento de cambio social radical en cierto sentido 'demostró' que los ideales socialistas no eran realizables. De modo que el derrumbamiento del estatismo 'socialista' del Este, en vez de actuar como catalizador del desarrollo de una nueva

concepción no autoritaria de la política -en otras palabras, un movimiento general hacia una auténtica izquierda- condujo simplemente a un movimiento general hacia la derecha. Este movimiento hacia la derecha no se refiere sólo a la minoría privilegiada del '40 por ciento' que se beneficia del consenso neoliberal sino también a una parte considerable de los grupos intermedios entre esa minoría y la subclase, que esperan beneficiarse de dicho consenso. El resto, incluso la mayoría de la subclase que comprende a las víctimas principales de la economía neoliberal internacionalizada, ha caído en una apatía política y en un rechazo inconsciente de la sociedad establecida que normalmente ha adoptado la forma de un brusco aumento de los delitos y, a veces, disturbios violentos. Y esto nos lleva a la dimensión social de la crisis.

La dimensión social

La crisis social actual es en realidad una continuación de la crisis que comenzó en la década de 1960 cuando se pusieron en tela de juicio las relaciones jerárquicas entre los individuos sociales de la sociedad contemporánea (entre patrones y trabajadores, hombres y mujeres, padres e hijos, profesores y alumnos, etc.). Instituciones tradicionales fundamentales, como el matrimonio, la familia, etc., que durante muchos años habían regido algunas de esas relaciones, desde entonces han estado vacilantes, pese a la reacción conservadora que acompañó la aparición del consenso neoliberal. Esta crisis de las relaciones sociales refleja, además, una crisis de identidad, en el sentido de que las personas ya no tienen roles bien definidos y socialmente predeterminados con los que puedan identificarse. Ese tipo de roles predeterminados están derrumbándose a diario, lo que crea confusión en las relaciones sociales y sacude la estructura interna de la sociedad. Al mismo tiempo, la crisis de identidad se manifiesta, últimamente, también en el plano cultural, lo que lleva a los bien conocidos conflictos étnicos (ej. en la ex Yugoslavia).

La expansión de la economía de mercado a todos los sectores de la vida social, en el contexto de su forma internacionalizada actual, ha agravado la crisis social. Por supuesto, es bien sabido que el mercado es el mayor enemigo de los valores tradicionales. Por lo tanto, no sorprende que la crisis social sea más pronunciada precisamente en los países donde la mercantilización está más avanzada. Esto se hace evidente por el hecho de que ni las campañas del tipo 'volvamos a lo esencial' (Gran Bretaña) ni el desarrollo de tendencias religiosas, místicas y otras similares (Estados Unidos) han tenido ningún efecto restrictivo en el síntoma más obvio de la crisis social: el rápido aumento de la criminalidad.

En Gran Bretaña, por ejemplo, llevó 30 años la duplicación de los hechos delictivos, que pasaron de 1 millón en 1950 a 2,2 millones en 1979. Sin embargo, en los diez últimos años, el número de delitos ha aumentado más del doble y en la década de 1990 llegó a los 5 millones. Las élites dirigentes responden al aumento de los delitos construyendo más cárceles, a pesar del hecho de que, como lo ha mostrado un estudio del Ministerio del Interior de Gran Bretaña (que refleja una investigación similar hecha en Estados Unidos y Alemania), la población carcelaria tiene que aumentar en un 25 por ciento para disminuir el índice anual de delitos ¡en 1 por ciento!¹⁰. Así, en Estados Unidos la población carcelaria se ha triplicado en los 15 últimos años (de 330.000 en 1980 a 1,5 millón en 1995) y la población negra es la más castigada (un varón negro de cada tres de 20-30 años está en la cárcel o en libertad condicional) y en Gran Bretaña aumentó en un 30 por ciento en los tres últimos años¹¹. De hecho, el rápido aumento de los delitos, como señala Martin Woolcott, tiende a tomar la forma de una rebelión en las conglomeraciones urbanas de todo el mundo y como tal la tratan las élites dirigentes¹².

De modo que la mercantilización de la economía no sólo aumentó los privilegios económicos de la minoría privilegiada; aumentó también su inseguridad. Es por ello por lo que la nueva supraclase se aísla cada vez más en lujosos ghettos. Al mismo tiempo, la mercantilización, y en particular el mercado de trabajo flexible, ha aumentado la inseguridad del empleo -un fenómeno que hoy afecta a todos salvo a la exigua minoría de la clase alta. En Gran Bretaña, por ejemplo, 'cinco millones de personas perdieron el empleo en la década de 1990 y aunque la gran mayoría pronto encontró otro, su experiencia de trabajo ha sido transformada'¹³. No es extraño que una encuesta muy reciente haya revelado que, hoy en día, sólo una persona de cada seis cree que es más fácil que hace cinco años hacer planes seguros para el futuro y casi tres veces más personas, 45 por ciento, lo cree más difícil¹⁴. Del mismo modo, según un sondeo realizado por el *New York Times*, en Estados Unidos, desde 1980, las tres cuartas partes de las familias han sido afectadas por los despidos y, a diferencia de lo ocurrido a principios de esa década, los trabajadores con al menos algo de formación universitaria componen la mayoría de las personas cuyos puestos son suprimidos y los trabajadores con mejores salarios representan el doble de los puestos perdidos en comparación con los de la década de 1980¹⁵. El hecho mismo de que, en los 20 últimos años, los puestos de trabajo de jornada completa hayan ido desapareciendo con rapidez contribuye considerablemente al sentimiento de inseguridad. En Gran Bretaña, de nuevo, la proporción de la población adulta en posesión de empleos de jornada completa cayó de alrededor del 55 por ciento en 1975 al 35 por ciento en 1993¹⁶.

Por todo esto, la economía de crecimiento ya ha creado una *sociedad de crecimiento*, que tiene como características principales el consumismo, el carácter privado y la consiguiente desintegración de la cohesión de la sociedad ya que los ciudadanos son convertidos en consumidores. En este sentido, la sociedad de crecimiento anuncia la 'no sociedad', es decir, la sustitución de la sociedad por familias atomizadas e individuos. Es el carácter cada vez más atomizado de la sociedad de crecimiento lo que, en el plano subjetivo, permite su reproducción, pese al hecho de que, dadas las potencialidades actuales, es un terrible fracaso.

La dimensión ideológica

La crisis generalizada se manifiesta también en el plano ideológico, con una crisis paralela referente a la credibilidad de la ciencia. Esta crisis, que afloró hace aproximadamente 25 años, ha minado sistemáticamente muchas 'verdades'¹⁷ y especialmente las que solían constituir la base de nuestra justificación de la 'certeza' de la interpretación 'científica' de los fenómenos sociales y económicos. Pero, como la ciencia desempeña un doble papel con respecto a la reproducción de la economía de crecimiento, esta crisis es particularmente importante. Así que, primero, la ciencia desempeña un papel funcional en la reproducción material de la economía de crecimiento por su contribución decisiva al esfuerzo por dominar el mundo natural y aumentar el crecimiento al máximo. Segundo, la ciencia desempeña un papel ideológico igualmente importante en lo que respecta a justificar 'objetivamente' la economía de crecimiento. Así como la religión tuvo una parte importante de responsabilidad en lo tocante a justificar la jerarquía feudal, la ciencia, en especial la 'ciencia' social, desempeña hoy un papel crucial en lo que respecta a justificar la sociedad jerárquica moderna. De hecho, desde el momento en que la ciencia reemplazó a la religión como concepción del mundo dominante, había justificado 'objetivamente' la economía de crecimiento, en sus dos tipos: capitalista y socialista.

Sin embargo, al comprenderse los efectos del desarrollo económico en la naturaleza y, posteriormente, en la calidad de la vida, se puso en tela de juicio el rol funcional

de la ciencia en lo que respecta al progreso. Cuando, para colmo, se impugnó la credibilidad de las propias verdades científicas, ya fueran las originadas en la ciencia social ortodoxa¹⁸ o en la 'ciencia' del socialismo, el marxismo¹⁹, había llegado el momento de la verdad para la ideología del crecimiento. Hoy, por primera vez después del Siglo de las Luces, la significación imaginaria central de la economía de crecimiento, es decir, la identificación del progreso con el crecimiento y la idea implícita de la dominación de los humanos sobre la naturaleza es criticada con buenos fundamentos.

Al mismo tiempo, el derrumbamiento del estatismo socialista y el surgimiento del neoliberalismo tuvieron el efecto de que la crítica radical del socialismo 'científico', el estatismo y la política autoritaria no funcionara como catalizadora de un desarrollo posterior del pensamiento de la izquierda no autoritaria. En su lugar, de la crítica del cientificismo se hicieron cargo los teóricos posmodernistas que la transformaron en un relativismo general, que condujo inevitablemente al abandono de cualquier crítica eficaz del *statu quo* y a la teorización del conformismo²⁰.

Pero, como se destacará en el Capítulo 8, no es la ciencia en sí ni el racionalismo en general lo que provoca la actual crisis multidimensional, como suelen afirmar los irracionales de varios tipos. Al igual que la tecnología, la ciencia aplicada no es 'neutral' para la lógica y la dinámica de la economía de mercado. La ciencia pertenece a la tradición de autonomía desde el punto de vista de los métodos que utiliza para extraer sus verdades y, a veces, incluso desde el punto de vista de su contenido (ej. la desmistificación de las creencias religiosas). Por lo tanto, lo que hoy se necesita no es dejar por completo de lado el racionalismo al interpretar los fenómenos sociales sino superar el racionalismo 'objetivo' (es decir, el racionalismo que se basa en las 'leyes objetivas' de la evolución natural o social) y crear un nuevo tipo de racionalismo democrático.

La economía de crecimiento y la crisis ecológica

Un componente importante de la actual crisis multidimensional es el ecológico, es decir el que atañe principalmente no a las relaciones entre los individuos sociales, como las demás dimensiones de la crisis, sino a nuestra interacción -como individuos sociales- con el medio. La alteración de los sistemas ecológicos, la contaminación general, el agotamiento paulatino de los recursos naturales y, en general, el rápido deterioro del medio y la calidad de vida han hecho patentes los límites del desarrollo económico en los 30 últimos años.

Pese a lo que se esfuerzan los 'ecológicamente realistas'²¹ por pintar de rosa la economía de crecimiento, no se puede negar que las concentraciones de dióxido de carbono (el factor que más contribuye al efecto invernadero) que se mantuvieron estables durante todo el milenio, es decir hasta el surgimiento de la economía de mercado, se han disparado y aumentaron en casi el 30%²². Como consecuencia, desde comienzos del siglo XX puede establecerse una tendencia a largo plazo de calentamiento de la capa inferior de la atmósfera²³ y todos los datos recientes indican un considerable aumento de las temperaturas en la última década o poco más o menos²⁴. Tampoco puede negarse el hecho de que, solo en este siglo, desapareció la mitad de los bosques tropicales del mundo, hábitat de la tercera parte de las plantas y los animales del planeta, y que recientemente este proceso se aceleró. Así, en los 10 años que van de 1980 a 1990) el ritmo anual de tala de bosques tropicales aumentó en un 36% y hoy desaparece cada año una superficie de bosque de aproximadamente el tamaño de Austria²⁵. Por último, nadie puede negar el hecho de que, como consecuencia de la agricultura intensiva -otro fruto directo del surgimiento de la economía de crecimiento- y sus efectos en los

ecosistemas agrícolas, la ganadería, etc., el mundo natural y la salud humana están seriamente dañados.

El caso de la 'enfermedad de la vaca loca' (encefalopatía espongiforme bovina) es ilustrativo porque está directamente relacionado con los dos elementos principales de la economía de mercado: la extensión de los mercados y el crecimiento. Durante la presente década, la encefalopatía espongiforme bovina ha adquirido proporciones masivas en Gran Bretaña y hoy, debido a la posible relación con la enfermedad de Creutzfeldt-Jacob, cientos de miles de vidas humanas pueden estar en peligro. El hecho mismo de que esta gran crisis ocurra en Gran Bretaña no es, por supuesto, fortuito. Como vimos en el Capítulo 1, este país fue fundamental en el lanzamiento de la actual fase neoliberal de la extensión de los mercados. Así, en el contexto de las desreglamentaciones y el levantamiento de los controles sociales de los mercados que siguieron al ascenso del neoliberalismo al poder en 1979, inevitablemente se relajaron los procedimientos de la alimentación animal²⁶. En consecuencia, los agricultores británicos, en su lucha por reducir los costos al mínimo -como dictó la economía de mercado- pasó a alimentar sus vacas con procedimientos menos seguros, lo que inició la crisis actual. Esto no sucedió porque los agricultores británicos fueran más tacaños sino porque estaban más expuestos a las fuerzas del mercado que los agricultores de otras partes. En todos lados, los agricultores, a fin de sobrevivir en una economía de mercado/crecimiento, tienen que seguir reduciendo al mínimo el costo de producción, intensificando ésta y aumentando el tamaño de sus propiedades. Así, como los agricultores se hacen cada vez más dependientes de los insumos (productos químicos, semillas, etc.) que les vende la industria química, tienen que crecer para sobrevivir. Por ejemplo, en Gran Bretaña un productor lechero de la década de 1950 podía ganarse la vida con 15 vacas; en la década de 1980 para tener el mismo ingreso real necesitó 75 vacas²⁷. Al mismo tiempo, a medida que se expulsa de sus establecimientos a los pequeños productores, que no pueden sobrevivir en la competencia de 'crece o muere' con la agroindustria, aumenta la concentración: en Gran Bretaña, el número de establecimientos descendió de 454.000 en 1953 a 242.300 en 1981²⁸.

La comprensión de los efectos ecológicos de la economía de crecimiento llevó a que se formularan varios enfoques 'ecológicos', en especial en el último cuarto del siglo. No voy a tratar aquí las diferencias entre ambientalismo y ecologismo²⁹ y, en general, las controversias entre los pensadores verdes acerca de qué es lo que constituye el pensamiento 'ecológico'. En lo que se refiere a este libro, cualquier enfoque que se ocupe de los efectos en el medio ambiente del componente crecimiento de la economía de mercado puede clasificarse en lo que podemos llamar el 'paradigma ecológico'. Por lo tanto, es obvio que incluyo en éste los enfoques que se proponen 'pintar de verde' la economía de crecimiento, así como los que se proponen deshacerse de ella por completo. A la primera categoría pertenece, por ejemplo, el enfoque del 'desarrollo sustentable' (véase el apartado siguiente) y el ambientalismo liberal³⁰, mientras que en la segunda entran el enfoque de la ecología social³¹, que ve las causas de la crisis ecológica actual en las estructuras jerárquicas de dominación y explotación de la sociedad capitalista, el socialismo ecológico³², que hace hincapié en la importancia de las relaciones de producción, el 'enfoque del desarrollo apropiado' y el enfoque de la ecología profunda.

Algunos de los enfoques mencionados intentan explícitamente hacer una síntesis entre una de las tradiciones clásicas que se centran en el elemento mercantilización de la economía de mercado y un análisis de los efectos ecológicos del crecimiento; otros no se proponen hacer esa síntesis, al menos explícitamente. Con respecto a los primeros, se puede, por ejemplo, clasificar en el rubro 'síntesis' los enfoques del ambienta-

lismo liberal, el socialismo ecológico y la ecología social, que representan un intento explícito de hacer una síntesis con el liberalismo, el estatismo socialista (normalmente el marxismo) y el socialismo libertario respectivamente. Con respecto a los segundos, el caso por excelencia es, por supuesto, el de la 'ecología profunda', que se centra casi exclusivamente en los efectos ecológicos de la economía de crecimiento. No obstante, los enfoques del 'desarrollo apropiado' y del 'desarrollo sustentable' pueden también ser clasificados en esta categoría porque, aunque no se ocupan de los componentes de mercantilización y crecimiento de la economía de mercado, sería inexacto clasificarlos como un intento de hacer una síntesis explícita con alguna de las viejas tradiciones.

En los apartados que siguen, se tratan con más detalle estos tres enfoques.

El enfoque del desarrollo sustentable

El enfoque del 'desarrollo sustentable', que el Informe Brundtland³³ promovió y los Verdes realistas (*reales*) de todo el mundo hicieron suyo, se propone lograr ese tipo de desarrollo, que se define como 'el desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones de satisfacer las suyas'³⁴.

El Informe se basa en tres principios fundamentales, según los cuales, la continuación del crecimiento:

- (a) es la clave para lograr la justicia social, ya que puede eliminar la pobreza³⁵;
- (b) es la clave para proteger el medio ambiente³⁶;
- (c) 'podría ser sustentable desde el punto de vista del medio ambiente si las naciones industrializadas pueden mantener los cambios recientes introducidos en el contenido de su desarrollo con vistas a favorecer actividades que consuman menos proporción de materiales y energía y la mejora de la eficiencia en lo que respecta a la utilización de ambos'³⁷.

Con respecto al punto (a), se puede señalar que hay dos maneras principales en las que el desarrollo económico puede reducir la pobreza: por el efecto del goteo (como afirman los neoliberales) y/o por algún tipo de medida redistributiva que impusiera el gobierno (como sostienen los estatistas). Dejando de lado la ineficacia del efecto del goteo que fue examinado anteriormente, es obvio que la medida redistributiva eficaz por parte del gobierno en favor de la subclase está excluida por definición del marco de la economía de mercado neoliberal internacionalizada, que se da por sentada en el Informe. De hecho, como vimos en el Capítulo 1, la redistribución del ingreso que se efectúa dentro de ese marco es en contra de la subclase y no en favor de ella.

Con respecto al punto (b), lo que da a entender el Informe es la posibilidad de un 'capitalismo verde'. Pero con esa supuesta posibilidad se pasa por alto la contradicción fundamental que existe entre la lógica y la dinámica de la economía de crecimiento, por un lado, y el intento de condicionar esa dinámica con criterios cualitativos, por el otro. De manera que, la contradicción que surgió antes, cuando el estatismo socialista intentó introducir criterios socialistas (equidad y justicia social) en el proceso de crecimiento, es seguro que va a surgir de nuevo si se hace un intento similar de introducir criterios ecológicos (por ejemplo: sustentabilidad y aumento de los recursos disponibles) en el mismo proceso.

Por último, con respecto al punto (c), aunque se podría aceptar que se adelantó algo en lo que respecta a la lucha contra la contaminación y el uso eficiente de la energía y los recursos, no hay señales de que, gracias a eso, los problemas ecológicos se hayan vuelto menos graves o amenazantes. En cambio, parece que sucede lo contrario con

respecto a todos los principales problemas ecológicos, es decir, el efecto invernadero, la lluvia ácida, la salinidad, el agotamiento del ozono, la pérdida de bosques, la desertificación, la pérdida de suelo, etc.³⁸

Por lo tanto, se puede sacar en conclusión que el hecho de que este enfoque no tenga en cuenta el fenómeno de la concentración del poder, como consecuencia fundamental y, además, condición previa para el crecimiento, no carece de relación con las soluciones esenciales que propone: más crecimiento, más esfuerzo y mejores políticas, leyes e instituciones, así como aumentar la eficiencia del uso de energía y recursos. Por lo tanto, es obvio que el verdadero objetivo de este enfoque no es proponer maneras de lograr el desarrollo sustentable sino maneras de crear una economía de mercado/crecimiento 'inocua para la ecología', una contradicción de términos.

El enfoque de la ecología profunda

Los partidarios del enfoque del desarrollo sustentable no son los únicos que ven la salida de la crisis ecológica en términos contradictorios, es decir, como economía de crecimiento sujeta a las prescripciones cualitativas de la sustentabilidad. Los ecologistas profundos caen en una trampa similar. La ecología profunda atribuye igualdad a todas las formas de vida ('igualdad biocéntrica') y da a entender que tendrán que cambiar primero las relaciones con el mundo natural para cambiar las relaciones sociales y no a la inversa. Así, los partidarios de este enfoque afirman que la causa última de la crisis ecológica debería encontrarse en la identificación de progreso con desarrollo económico que se viene haciendo desde la Ilustración. Por consiguiente, la salida de la crisis radica en abandonar las nociones de progreso para que la actual economía de crecimiento pueda ser sustituida por una 'economía de estado constante' o incluso una 'economía en decadencia'³⁹. Del mismo modo, otros ven el desarrollo sustentable como 'una vía de desarrollo hacia un estado estable' que necesita una 'población estable'⁴⁰ - una indicación clara de que el enfoque de la ecología profunda adopta totalmente el mito de la superpoblación que examinamos anteriormente.

Es obvio que la ecología profunda considera que las causas de la crisis ecológica provienen directamente de la manera *antropocéntrica* de ver el mundo natural, según la cual los valores humanos son el origen de todos los valores y cuyo objetivo es utilizar la naturaleza como un instrumento de la satisfacción de las necesidades humanas. También es claro que el enfoque de la ecología radical considera el desarrollo no sustentable actual como una cuestión más cultural que institucional, como una cuestión de valores más que como el resultado inevitable del surgimiento de la economía de mercado, con su dinámica del 'crece o muere', que ha llevado a la economía de crecimiento actual.

Sin embargo, sería difícilmente justificable achacar al antropocentrismo el daño ecológico que actualmente sufre el planeta. Después de todo, el antropocentrismo estaba por todos lados -especialmente en Occidente- mucho antes de que empezara, hace aproximadamente dos siglos, el proceso de destrucción ecológica masiva. Por lo tanto, se podría sostener que no es el antropocentrismo como tal lo que condujo a la crisis actual sino el hecho de que la economía de mercado y la economía de crecimiento subsiguiente tuvieron que basarse en una ideología que justificaba la dominación humana de la naturaleza *en masse*. Si esto es así, pues, la salida de la crisis ecológica no es solo una cuestión de cambiar nuestros valores para poner a la naturaleza en un pie de igualdad con los valores humanos que se aprecian. Nadie puede esperar seriamente que una nueva cultura que implique un enfoque no dominador hacia la naturaleza pueda tener posibilidades de atraer a la vasta mayoría de la población del planeta que se

enfrenta al dilema: o puestos de trabajo o protección del medio ambiente. Por lo tanto, es obvio que el dilema 'economía de crecimiento' o 'economía de estado constante' es falso y, normalmente, lo plantean personas que, debido a su posición social, no enfrentan el dilema genuino que mencionamos más arriba.

Además, el cambiar nuestros valores con respecto a nuestra relación con la naturaleza no obligará, de por sí, a la economía de mercado o al Estado a extinguirse. Por lo tanto, es ingenuo proponer, como hacen los ecologistas profundos, que 'si cada uno consumiera considerablemente menos, la economía mundial de mercado probablemente se derrumbaría'⁴¹. No se necesita poseer un conocimiento profundo de la historia o saber de economía para darse cuenta de que una disminución importante en las ventas, lejos de llevar a un derrumbamiento de la economía de mercado, puede simplemente provocar una crisis que conduzca en el plano económico a un desempleo más masivo aún, que fácilmente podría ir acompañada en el plano político por el surgimiento de regímenes totalitarios (esta vez quizá de la variedad ecofascista).

Se podrían expresar consideraciones similares con respecto a otra versión de la economía radical que hace hincapié en el carácter 'eurocéntrico' de la economía de crecimiento y la necesidad de que el desarrollo sustentable se base en 'el conocimiento y las tecnologías que tienen su origen en una íntima comprensión del mundo natural [y]... el renacimiento de una muy antigua tradición cultural geocéntrica que considera la Tierra como una diosa y madre de toda vida'⁴². Según esta versión, la reforma agraria, un retorno a las culturas tradicionales y el abandono que hagan los países industriales de su atracción fatal hacia las tecnologías y la cultura de los combustibles fósiles es la solución para el problema del desarrollo no sustentable - un problema que crea el capitalismo definido como 'principalmente la política de adquirir y poseer riquezas para una reducida clase dirigente'⁴³.

Pero el capitalismo, o mejor dicho, la economía de mercado/economía de crecimiento, no es solo una cuestión de orientación o ideología. Es una estructura histórica, una forma de organización social y económica. Por lo tanto, el cercamiento de tierras en el Sur, así como el tipo de tecnologías creadas en el contexto de la economía de mercado, no son sólo cuestiones de orientación o de 'imitar la cultura de los blancos', sino parte del sistema mismo de la economía de mercado. Del mismo modo, la competencia y la integración en la economía mundial no son simplemente cuestiones culturales sino consecuencias inevitables del marco institucional definido por la economía de mercado. Por lo tanto, la raíz del problema no es que 'toda la cultura capitalista... es ecológicamente analfabeta y, por ende, peligrosa y no sustentable'⁴⁴. La cultura capitalista es una cultura que se ha desarrollado en conformidad con los principios de organización fundamentales de la economía de mercado y la economía de crecimiento, es decir, eficiencia y competencia. Es el establecimiento de la economía de mercado lo que exigió su propia cultura y no a la inversa. Las personas (no me refiero a las que dominan los medios de producción) no se levantan una mañana y deciden ser eficientes y competitivas. Fue la destrucción de su propio medio de vida por el movimiento de cercamiento en Gran Bretaña, por ejemplo, o por el colonialismo en las colonias, lo que las obligó -en su lucha por sobrevivir- a unirse al sistema de economía de mercado y adoptar los principios de la competitividad y la eficiencia.

Esta es la razón principal por la cual el desarrollo sustentable no es sólo una cuestión cultural, o un asunto de cambio de orientaciones, sino que implica cambiar toda la estructura institucional y sustituirla por instituciones que nieguen la concentración del poder, es decir, por una economía sin mercado y sin dinero basada en una democracia inclusiva. Entonces, y sólo entonces, se puede esperar seriamente que la cultura basada en la ideología del crecimiento y la idea subsiguiente de dominar la naturaleza se

extinguirán. En otras palabras, la concentración del poder en el contexto de la economía de crecimiento es la condición necesaria del actual conjunto de valores culturales que implican una ideología de dominio de la naturaleza. Aunque la mera negación de la concentración del poder no es una *condición suficiente* del desarrollo de un conjunto nuevo de valores con respecto a nuestra relación con la naturaleza, es decididamente la *condición necesaria* de un cambio radical en los valores culturales.

Por último, no es a la sociedad industrial en sí o la tecnología como tal a las que debería achacarse la actual crisis ecológica, como normalmente afirman los ecologistas profundos. La tecnología nunca ha sido 'neutral' con respecto a la lógica y la dinámica de la economía de mercado. Por todo esto, los ambientalistas, así como los estatistas socialistas explícitamente, o normalmente implícitamente, suponen que la tecnología es socialmente neutral y que lo único que tenemos que hacer es emplearla con fines correctos para resolver no solo el problema ecológico sino también el problema social en general. Es obvio que este enfoque pasa por alto la institucionalización social de la ciencia (véase Capítulo 8) y la tecnología y el hecho de que la concepción, y particularmente la aplicación, de nuevas técnicas está directamente relacionada con la organización social en general y la organización de la producción en particular⁴⁵. En una economía de mercado, como en cualquier sociedad, la tecnología encarna relaciones de producción concretas, su organización jerárquica y, por supuesto, su objetivo principal que, en el caso de una economía de mercado, se refiere al aumento al máximo del crecimiento y la eficiencia económicas (definidos según estrechos criterios tecnoeconómicos) con fines de lucro. De modo que la tecnología siempre es concebida (o al menos son los proyectos que se adoptan) para que sirva mejor a los objetivos de la economía de mercado/crecimiento.

Del mismo modo, no es el industrialismo en general el que creó la actual forma de organización económica dañina para la ecología sino el tipo concreto de sociedad industrial que se desarrolló en los dos últimos siglos en el marco de la economía de mercado/crecimiento. Por lo tanto, las causas últimas de la crisis ecológica son la economía de mercado y su resultado, la economía de crecimiento, y no sus síntomas, a saber: el tipo actual de tecnología y sociedad industrial (véase página 248).

El enfoque del 'desarrollo apropiado'

Este enfoque, aunque parte de una crítica válida de la economía de mercado/crecimiento, termina con conclusiones que no son muy diferentes de las de los ecologistas profundos. El principal exponente de este enfoque resume el argumento central del mismo de la manera que sigue:

*Ha habido mucho desarrollo. El problema es que ha sido un desarrollo muy inadecuado. Ha sido un desarrollo en beneficio de los ricos: las clases altas del Tercer Mundo, las empresas transnacionales y los países ricos... las fuerzas del mercado tienen una fuerte tendencia a producir un desarrollo inadecuado.*⁴⁶

El tipo de desarrollo 'apropiado' que propone este enfoque implica la creación de una sociedad 'conservadora' que supondría 'estilos de vida no opulentos, índices elevados de autosuficiencia local y cooperación, escala pequeña, descentralización y crecimiento cero'⁴⁷. Sin embargo, este enfoque, contradiciendo su crítica explícita de las bases de la economía de mercado, plantea que el desarrollo apropiado implicaría una economía que 'podría mantener gran parte de la libre empresa en forma de pequeñas compañías y cooperativas'⁴⁸. Además, el carácter localista de este enfoque, que da por sentadas las estructuras políticas y económicas oligárquicas existentes, queda en evi-

dencia por las propuestas de 'devolución de muchas funciones del plano estatal al vecinal [lo que] reduciría la necesidad de burocracia'⁴⁹.

Es obvio que este enfoque, al no poner las relaciones de poder en el centro del análisis, termina en una 'tercera vía' que se ubica más allá del capitalismo y el socialismo y parece no estar en una contradicción fundamental ni con la economía de mercado ni con la democracia liberal. Esta impresión la confirma la propuesta de reglamentar el mercado con el objetivo de hacer retroceder la actual concentración del poder económico⁵⁰. Es evidente que semejante propuesta pasa por alto el hecho de que cualquier intento serio de reglamentar el mercado a fin de descentralizar el poder económico hoy es ahistórico y utópico. Es ahistórico porque no ve que la actual 'manía' desreglamentadora es, en realidad, parte de la fase actual del proceso de 'mercantilización', es decir, de la fase internacionalizada de la economía de mercado y es utópico porque no toma en consideración la dinámica de 'crece o muere' de la economía de mercado.

Pero la *utopía* (en el sentido negativo de la palabra) no es la única trampa en la que cae el enfoque del desarrollo apropiado -utopía inherente a toda concepción de compatibilidad entre 'desarrollo apropiado' y la estructura institucional actual. Lo mismo se podría decir acerca de la trampa del *localismo*, que está implícita en la noción de 'autosuficiencia local' y, por último, la trampa del *objetivismo*, que es intrínseca de cualquier noción de 'necesidades básicas' que no se definen democráticamente.

De manera que este enfoque, tratando de 'dejar abierta la posibilidad de una transición más bien no marxista que se ocupe del problema cultural (el cambio de valor) ahora más que después de la «revolución»'⁵¹ deriva soluciones idénticas a las de la ecología profunda, es decir, que el capitalismo morirá si un número suficiente de personas modifican sus valores y estilos de vida⁵². Esto no sorprende, dado que ni este enfoque ni el de la ecología profunda pueden ver que los valores sociales *dominantes* que determinan la conciencia de las masas no pueden cambiar hasta que no cambien las estructuras políticas y económicas actuales. Sin embargo, esto no significa que esperemos la 'revolución' para que los valores cambien. Como intentaré mostrar más adelante, lo que se necesita es la creación de un fuerte movimiento político y social que se proponga explícitamente sustituir las estructuras políticas y económicas oligárquicas actuales, creadas por la democracia liberal y la economía de mercado respectivamente, por instituciones de democracia política y económica. Es sólo en un proceso de establecimiento de ese tipo de estructuras democráticas que se podría esperar seriamente que los valores culturales actuales que avalan la dominación de la naturaleza, surgidos como consecuencia de la concentración de poder que genera la economía de crecimiento, se extingan.

¿Existe una salida?

Tanto la derecha como la izquierda reconocen varias de las dimensiones de la crisis actual que hemos mencionado, si no todas. Desde el punto de vista del análisis que antecede, no sorprende que las propuestas que hacen los dos extremos del espectro político, a pesar de las apariencias, no tengan diferencias importantes, ya que ambas dan por sentada la estructura institucional actual de la economía de mercado y la democracia liberal. Pero examinemos con más detalle las propuestas de que se trata y contraponámoslas a los requisitos de un nuevo enfoque liberador.

La propuesta de la derecha: más extensión de los mercados

Por el lado de la derecha, la solución de la nueva derecha⁵³ para superar la actual crisis multidimensional es más extensión de los mercados. Pero, si consideramos los posi-

bles efectos de aumentar la mercantilización de la economía, se hace evidente que ninguno de los aspectos de la crisis multidimensional que hemos examinado se aviene a las soluciones del mercado. Por lo tanto, las propuestas de la derecha de liberar completamente las fuerzas del mercado, privatizar y reducir al mínimo el Estado equivalen nada menos que a organizar racionalmente la desigualdad.

De manera que, con respecto a la crisis económica, en el sentido que definimos más arriba, se podría esperar con seguridad que la intensificación del proceso de mercantilización agrave la crisis, ya que forzosamente aumentará la concentración del poder económico, tanto en el sentido de acrecentar la diferencia entre el Norte y el Sur como en el de acrecentarla entre el 'nuevo' Norte y el 'nuevo' Sur.

En cuanto a la diferencia entre el Norte y el Sur, se puede demostrar fácilmente que no es la competencia lo que históricamente condujo a lograr algunos progresos en lo que respecta a la eficiencia de la producción y la competitividad internacional de los agentes de desarrollo, sino las políticas proteccionistas/intervencionistas⁵⁴. El aumento considerable de la diferencia entre el Norte y el Sur que se ha producido en los 15 últimos años y que caracterizó a la liberalización mundial de los mercados es una indicación clara para el futuro. Esto significa que la intensificación de la mercantilización, lejos de contribuir a que se universalice la economía de crecimiento, es en realidad un factor decisivo en lo que respecta a concentrar más el poder económico en los países del Trío.

En relación con la diferencia entre el 'nuevo' Norte y el 'nuevo' Sur, es decir la distribución del ingreso, hay pruebas más que suficientes de los efectos negativos de la intensificación de la mercantilización. Así, en un estudio reciente de la OCDE se comprobó que en la década de 1980, cuando comenzaba a florecer la economía de mercado neoliberal, la diferencia de ingresos se había acrecentado en muchos de los 25 países miembros de esa organización, en especial en los modelos del neoliberalismo: Estados Unidos y el Reino Unido⁵⁵. En la misma década, según datos de las Naciones Unidas, también se multiplicó por ocho la distancia entre el 20 por ciento más rico y el 20 por ciento más pobre de la población mundial, medida en ingresos per cápita⁵⁶. No es extraño que la distribución del ingreso mundial presente un régimen en el que el 20 por ciento más rico de la población recibe el 85 por ciento del ingreso mundial y el 20 por ciento que está más abajo recibe solo el 1,4 por ciento del mismo⁵⁷. De manera que la afirmación de la nueva derecha de que la liberalización de los mercados causa una descentralización del poder económico es obviamente falsa. De hecho, es verdad lo opuesto: cuanto más liberalizados están los mercados mayor es la concentración del poder económico en lo que se refiere a ingresos y riqueza. El hecho de que Estados Unidos siempre ha sido el modelo de la economía de mercado guarda relación con la característica de ser también 'el país industrializado más desigual en lo que a ingresos y riqueza se refiere'⁵⁸ -hecho confirmado por las cifras de la Reserva Federal de 1989 (las más recientes de que se puede disponer) que muestran que el 1 por ciento más rico de las familias posee casi el 40 por ciento de la riqueza de la nación. Además, un estudio comparativo de tendencias de distribución del ingreso en países caracterizados por diferentes grados de mercantilización comprobó que cuanto más 'liberal' es una economía mayor es el aumento de la desigualdad de ingresos⁵⁹.

Por último, con respecto a la crisis ecológica y social, la liberalización de los mercados, que propugna la nueva derecha, conduce inevitablemente a un agravamiento de ambas crisis. Como lo ha demostrado la experiencia histórica de los 200 últimos años, cuando el surgimiento de la economía de mercado y la economía de crecimiento subsiguiente provocaron el daño ecológico más grande de la historia de la humanidad, la economía de mercado no tenía ni un mecanismo inherente para alejar el daño

ecológico ni controles sociales eficaces compatibles con su lógica y su dinámica. Además, por lo que respecta a la crisis social, es inevitable que la extensión de los mercados en la sociedad siga debilitando los valores tradicionales y comunitarios, lo que agrava la crisis. Del mismo modo, la mercantilización de la cultura inevitablemente la menoscaba homogeneizando la actividad cultural y trivializando la actividad artística que, obligada a sobrevivir como actividad lucrativa, se ve impedida de desempeñar su papel de vanguardia.

La propuesta de la izquierda: el enfoque de los partidarios de la 'sociedad civil'

Por el lado de la izquierda, la salida de la crisis se expresa en la propuesta de realzar la 'sociedad civil', es decir, fortalecer las distintas redes que son autónomas del control del Estado (sindicatos, iglesias, movimientos cívicos, cooperativas, barrios, escuelas de pensamiento, etc.). Esta tendencia se originó en el ex Segundo Mundo, donde, como reacción a la ideología de la Tercera Internacional, en la década pasada floreció una serie de movimientos antiburocráticos -desde Solidaridad, en Polonia, a los movimientos a favor de un 'comunismo con rostro humano'. Más tarde, gracias a la labor teórica de los demócratas sociales modernos de la Escuela de Habermas⁶⁰, esta nueva tendencia se extendió al Primer Mundo y hoy ejerce una influencia considerable entre los demócratas sociales, los ecosocialistas y otros. Como el enfoque de los partidarios de la sociedad civil constituye, de hecho, toda la base de la problemática actual de la izquierda y de los enfoques que se agrupan en la nueva rúbrica de la llamada democracia 'radical', creo que sería provechoso examinarlo con cierto detalle.

La argumentación quizá más clara a favor del enfoque que realza la sociedad civil la da Michael Walzer⁶¹. Aunque la descripción habermasiana de este enfoque parece más 'complicada' que la que da Walzer, en realidad gran parte de la complicación de la primera proviene de la oscuridad del lenguaje y la terminología que emplea Habermas quien (como Althusser antes que él) sabe bien que para muchos 'intelectuales', especialmente de la tradición no anglosajona, la 'seriedad' de una argumentación se relaciona con el esfuerzo que se necesita para entenderla. Por lo tanto, yo estaría totalmente de acuerdo con Noam Chomsky quien, refiriéndose al posmodernismo, llamó a este tipo de teorización 'adopción de una postura pseudocientífica'⁶².

Walzer, que comienza definiendo la sociedad civil como 'el espacio de asociación humana no obligada y también el conjunto de redes racionales -formadas por la familia, la fe, el interés y la ideología- que llena ese espacio'⁶³, pregunta para qué tipos de institución deberíamos trabajar si nuestro objetivo es la buena vida. Para responder a esa pregunta Walzer se remite a cuatro ideologías principales.

La primera, 'la ideología republicana', sostiene que el escenario preferido para la buena vida es 'la comunidad política, el Estado democrático, en el cual podemos ser ciudadanos'⁶⁴. El autor, después de confundir la democracia no estatista basada en el *demos* con las formas actuales de la democracia estatista, desecha esta teoría porque 'la política rara vez capta toda la atención de los ciudadanos que tienen que ser sus principales protagonistas. Éstos tienen demasiadas otras cosas por las que preocuparse. Sobre todo tienen que ganarse la vida'⁶⁵. Así, Walzer, si bien tiene razón al criticar a los republicanos como Arendt que ponen la actividad económica fuera del ámbito público, el reino de la libertad, se equivoca por completo en sus conclusiones. En vez de exigir una democracia no estatista inclusiva de ciudadanos fuertes, que implique democracia en todos los ámbitos, el político, el económico y el social, manifiesta su preferencia por una 'sociedad civil inclusiva'⁶⁶ de ciudadanos sin poder -miembros de

redes, que dejan a los privilegiados de la sociedad actual disfrutar tranquilamente de sus privilegios.

Según Walzer, la segunda ideología -'la ideología socialista'- implica un volver la espalda a la política republicana y un centrarse, en cambio, en la actividad económica. El escenario preferido (por los socialistas), afirma, es la economía cooperativa mientras que la política se extinguiría en un Estado no político caracterizado por la reglamentación sin conflicto, 'la administración de las cosas'. También en este caso, el autor, explotando el carácter parcial de la concepción socialista, exactamente de la misma manera como lo hizo con la concepción republicana, prepara el terreno para sembrar la semilla de una sociedad civil 'inclusiva'.

Walzer pasa luego a la tercera ideología, 'la ideología capitalista', en la que el escenario preferido para la buena vida se considera que es el mercado. Aquí se hace hincapié en la elección del consumidor y, como en la economía socialista, se necesita solo un Estado mínimo (y en consecuencia, mínima política). La principal objeción que tiene Walzer contra esta ideología es que 'La autonomía en el mercado no proporciona sostén ninguno para la solidaridad social. A pesar de los éxitos de la producción capitalista, la buena vida de la elección del consumidor no está disponible universalmente'⁶⁷.

Siguiendo este tipo de argumentación, no sorprende que los partidarios de la sociedad civil estén totalmente de acuerdo con la economía de mercado y el Estado, como deja claro Walzer:

El mercado, cuando está mezclado en la red de asociaciones, cuando las formas de propiedad están pluralizadas, es sin duda la formación económica más acorde con la argumentación de la sociedad civil. El mismo argumento sirve también para legitimar un tipo de Estado, liberal y pluralista más que republicano (no tan radicalmente dependiente de la virtud de sus ciudadanos). En efecto, es necesario un Estado de este tipo si han de florecer las asociaciones.⁶⁸

Por último, en la cuarta ideología, 'la ideología nacionalista', el escenario preferido (por los nacionalistas) es la nación en la que estamos vinculados unos a otros por lazos de sangre e historia. En este escenario la buena vida es más una cuestión de identidad que de actividad, de fe y no de obras. Walzer pone esta ideología 'en la misma bolsa' que las otras tres y la desecha por la misma razón: 'Todas esas respuestas son obstinadas debido a su singularidad. No atienden a la complejidad de la sociedad humana, a los conflictos inevitables del compromiso y la lealtad'⁶⁹. Así que, en el contexto de la sociedad pseudoplural que proponen los partidarios de la sociedad civil el ámbito importante se sitúa 'en las redes de asociaciones de la sociedad civil, en los sindicatos, los partidos, los movimientos, los grupos de personas que tienen intereses en común, etc., [donde] esas mismas personas toman muchas decisiones de poca entidad y en cierto grado determinan las resoluciones más distantes del Estado y la economía'⁷⁰. Por supuesto, las decisiones de mayor entidad, que tienen una influencia mucho más importante que las otras en la vida de las mismas personas, se dejan a las élites políticas y económicas que, presumiblemente, saben más.

De modo que la salida que ven los partidarios de la sociedad civil a la crisis multidimensional parece ser radicalmente diferente de la que propone la derecha. En lugar de extender los mercados, proponen que las redes de la sociedad civil impongan límites (es decir controles sociales) a los mercados y el Estado. Así, Walzer, reconociendo que 'el mercado contribuye a la desigualdad' y que el principal problema con la desigualdad es que 'comúnmente se traduce en dominación y privación radical' concluye que 'si el mercado fuera a establecerse firmemente en la sociedad civil, limitado políticamente, abierto a las iniciativas comunales así como a las privadas, se podrían

fijar límites a sus desiguales beneficios'⁷¹. Además, en vez de privatizaciones propone una suerte de 'pluralismo de mercado' que describe así: 'La sociedad civil abarca o puede abarcar una variedad de agentes de mercado: empresas familiares, compañías de propiedad pública o municipal, comunidades de trabajadores, cooperativas de consumidores, organizaciones sin fines de lucro de muchas especies diferentes'⁷². Por último, reconociendo el hecho de que la 'sociedad civil', librada a sí misma, genera relaciones de poder desiguales a las que sólo el poder del Estado puede hacer frente', concluye que 'sólo un Estado democrático puede crear una sociedad civil democrática; sólo una sociedad civil democrática puede sostener un Estado democrático'⁷³.

Por lo tanto, es obvio que el enfoque que hace hincapié en la sociedad civil entraña un alto grado de estatismo. Además, en realidad, adopta una economía de mercado cerrada. De hecho, hay muy pocas versiones de este enfoque que adopten el grado actual de internacionalización de la economía de mercado. Tal versión internacionalista del enfoque de la sociedad civil (aparte del 'modelo cosmopolita de democracia' de David Held que se examinará más adelante), es el muy reciente estudio de Hirst y Thompson⁷⁴ que intenta minimizar la importancia de la internacionalización. Sin embargo, como vimos anteriormente, los únicos límites que este enfoque ve factibles en la economía de mercado internacionalizada son diversos 'controles reguladores' que, por supuesto, tienen muy poco en común con los controles sociales demasiado generales que los partidarios de la sociedad civil tienen en mente cuando tratan de los límites que las redes de la sociedad civil deberían imponer en los mercados (reducción drástica de las desigualdades, creación masiva de puestos de trabajo, etc.), haciendo caso omiso de la economía de mercado internacionalizada actual.

Por lo tanto, es claro que los partidarios de la sociedad civil, que reprueban por utópicos a los socialistas radicales y a los sostenedores del proyecto democrático, son en realidad mucho menos realistas que ellos cuando sugieren que el reloj puede atrasarse hasta el período del estatismo, es decir, hasta un período en el cual la economía de mercado se caracterizaba por un grado considerablemente menor de internacionalización que en el presente. De modo que el enfoque de la sociedad civil es a la vez utópico, en el sentido negativo de la palabra, y ahistórico.

Es utópico, especialmente hoy, porque, en efecto, está en tensión tanto con el Estado como con la economía de mercado internacionalizada. En lo que respecta a la tensión con el Estado, el neoliberalismo ha mostrado cuán fácil es para el Estado debilitar efectivamente las instituciones de la sociedad civil. Además, en lo que respecta a la tensión con la economía de mercado internacionalizada, es bien sabido que hay una relación inversa entre el grado de competitividad y el nivel de desarrollo de las instituciones de la sociedad civil: cuanto más desarrolladas son esas instituciones (por ejemplo, los sindicatos) más bajo el grado de competitividad internacional, como lo ha demostrado el caso de Suecia. Así que, dado que ni los socialdemócratas ni sus simpatizantes del movimiento Verde ven el resultado de la tensión inevitable entre la sociedad civil, por un lado, y el Estado y la economía de mercado, por el otro, en términos de la sustitución de los últimos por la primera, no es difícil pronosticar que cualquier realce de la sociedad civil tendrá que ser compatible con el proceso de mayor internacionalización de la economía de mercado y el papel implícito del Estado. En otras palabras, el 'realce' de la sociedad civil en las condiciones de hoy en día significaría sencillamente que no se impedirá a las élites políticas y económicas dirigentes seguir dominando tranquilamente la sociedad, aunque, de vez en cuando, tendrán que intentar abordar las exigencias de los partidarios de la sociedad civil, siempre que, por supuesto, esas exigencias no entren directamente en conflicto con sus propios intereses y las exigencias de la producción competitiva. En este sentido, el enfoque de la

sociedad civil podría desempeñar hoy un papel ideológico crucial en el sentido de 'justificar' el *statu quo* desde el punto de vista de la izquierda.

Además, el enfoque de la sociedad civil es fundamentalmente ahistórico, ya que no hace caso de los cambios estructurales que condujeron al actual consenso neoliberal y a la economía de mercado internacionalizada. En otras palabras, pasa por alto el hecho de que la tendencia a reducir al mínimo los controles sociales en el mercado, que hoy es dominante en todas partes, no es simplemente una cuestión de orientación: refleja cambios fundamentales en la forma de la economía de mercado que implica que cada intento de imponer un control social efectivo del mercado entra necesariamente en conflicto con los requisitos, en lo que a competitividad se refiere, de la reproducción de la economía de crecimiento de hoy.

En este sentido, la tendencia a realzar la sociedad civil es más utópica aún que la tendencia estatista. Aun cuando la toma de la omnipotente máquina estatal por un partido socialdemócrata puede terminar llevando al liberalismo social (como sucedió en Francia en la década de 1980), se pueden calcular fácilmente las posibilidades de aumentar los controles sociales 'desde abajo'. Por supuesto, el problema de los partidarios de la sociedad civil no es que no basan su estrategia en un esfuerzo por tomar el poder del Estado (la táctica estatista tradicional) sino más bien en una estrategia de transformación social 'desde abajo'⁷⁵. El problema radica en el hecho de que su enfoque da por sentada toda la estructura institucional de la economía de mercado, la democracia representativa y el Estado-nación y por lo tanto es tan ineficaz como el de la derecha en lo que respecta a solucionar la crisis multidimensional.

Así, la adopción, primero, de la economía de mercado significa que todos los intentos que hagan las instituciones autónomas (por ejemplo los sindicatos, los movimientos ecológicos, etc.) de establecer un control efectivo del mercado -a fin de lograr los objetivos sociales, ecológicos y de otras índoles- están en contradicción total con la lógica y la dinámica de la economía internacionalizada. Inevitablemente, todos los intentos de instar a que se adopten controles similares conducirán a la aprobación de medidas a medias insignificantes, que tienen que ser compatibles con la estructura institucional (véase, por ejemplo, el fiasco de la Conferencia de la Tierra celebrada en Río de Janeiro, en 1992).

La adopción, en segundo lugar, de la democracia representativa significa que las 'inyecciones' de democracia directa que proponen los defensores de esta tendencia, funcionan en realidad como inoculaciones contra la democracia directa. La condición previa fundamental para la creación de una conciencia ciudadana activa es que los ciudadanos mismos (y no otros 'en nombre de ellos') efectúen el proceso político. Por lo tanto, las propuestas supuestamente 'democráticas' simplemente refuerzan la pasividad de los ciudadanos llevándolos con engaño a creer que ejercen un poder político, cuando, en realidad, éste sigue siendo el privilegio seguro de la minoría, y la mayoría queda relegada al papel de 'grupos de presión', que ahora se llaman 'contrapoderes'.

Por último, la adopción de la estructura estatista significa que la existencia efectiva de instituciones autónomas es posible solo en la medida en que sean compatibles con los objetivos del Estado. Desde el momento en que no se cumpla esa condición, el poder del Estado debilitará el poder de las instituciones autónomas (véase, por ejemplo, la paralización de los sindicatos británicos bajo el thatcherismo) o procederá incluso a desmantelarlas (véase, por ejemplo, la desintegración del Concejo del Gran Londres, cuando empezó a crear problemas a las políticas neoliberales thatcheristas). Por lo tanto, sin que importe si se acepta la teoría que hoy proponen algunos anarquistas⁷⁶ modernos según la cual el Estado no solo no es un instrumento de clase sino que además tiene sus propios intereses y actores, se puede sostener el argumento, tanto

desde el punto teórico como histórico, de que cualquier intento de 'sustituir' el poder del Estado por instituciones autónomas (como sugiere, por ejemplo, James O'Connor⁷⁷) está condenado al fracaso. Por ejemplo, se podría demostrar que el intento de fortalecer la sociedad civil, si tuviera éxito, conduciría a una disminución del excedente económico (parte del cual se utiliza para reproducir el mecanismo del Estado) y, por lo tanto, provocaría necesariamente el intento contrario del Estado de socavarlo. Así, la dialéctica de la tensión entre el Estado y las instituciones autónomas hace imposible esa 'sustitución', puesto que conduce necesariamente a un papel decorativo de dichas instituciones o a su disolución por el Estado.

En conclusión, la creación de instituciones de la sociedad civil no tiene ninguna posibilidad de poner fin a la concentración del poder ni de superar la crisis multidimensional actual. Esta conclusión puede derivarse del hecho de que el objetivo último de los partidarios de la sociedad civil es mejorar el funcionamiento de las instituciones existentes (Estado, partidos, mercado), a fin de hacerlas más sensibles a las presiones que vienen de abajo cuando, en realidad, la crisis se basa en las instituciones mismas y no en su mal funcionamiento. En otras palabras, en la economía de mercado internacionalizada actual, la necesidad de reducir al mínimo el rol socioeconómico del Estado ya no es cuestión de elección para los que dominan la producción. Es una condición necesaria para la supervivencia. Esto es particularmente así para el capital europeo que tiene que competir con bloques de capital que operan desde bases donde la tradición socialdemócrata de estatismo nunca fue fuerte (Estados Unidos, el Lejano Oriente). Pero, incluso en el plano mundial, se podría dudar seriamente si todavía es posible dar realce a las instituciones de la sociedad civil en el contexto de la economía de mercado. Dado que los objetivos fundamentales de la producción en una economía de mercado son el beneficio personal, la eficiencia económica y el crecimiento, cualquier intento de reconciliar éstos con un 'control social' efectivo que realizara la sociedad civil está condenado a fracasar puesto que, como lo ha demostrado la experiencia histórica con la fase estatista, el control social y la eficiencia del mercado son objetivos irreconciliables⁷⁸ (una cosa distinta es que algunos controles sociales, por ejemplo el proteccionismo, puedan ser útiles para fomentar el desarrollo en las primeras etapas). Por la misma razón, se podría sostener razonablemente que hoy la contradicción central de la economía de mercado es la que surge del hecho de que cualquier control eficaz de las consecuencias ecológicas del crecimiento es incompatible con las exigencias de la competitividad, que impone la fase actual del proceso de extensión de mercados.

El hecho mismo de que hasta los neoliberales hablan hoy de la necesidad de combinar la sociedad civil con el mercado libre indica cuán radical es la exigencia de dar realce a la sociedad civil. Así, después de los extremos del *thatcherismo* y la *reaganomics*, que llevaron a un crecimiento repentino del desempleo y la pobreza en grados socialmente intolerables, los neoliberales parecen adoptar la exigencia supuestamente 'radical' de dar realce a la sociedad civil. Por lo tanto, no sorprende que hasta el British Institute of Economic Affairs (Instituto Británico de Asuntos Económicos), un centro de reflexión neoliberal que inició muchas ideas *thatcheristas*, se haya declarado a favor del 'capitalismo cívico' basado en las ideas del mercado libre con énfasis en la solidaridad y la consideración mutua (en la línea de las mutualidades, etc.)⁷⁹.

Hacia un nuevo enfoque liberador

La pregunta crucial que hay que hacerse hoy es si la protección de la vida humana (que implica la satisfacción de, por lo menos, todas las necesidades básicas) así como la protección efectiva del medio ambiente son compatibles con el proceso de extensión

de mercados o si, en cambio, hay que descartar todo ese sistema. Si aceptamos el argumento de la incompatibilidad que traté de sostener más arriba, se puede concluir que el objetivo de crear mecanismos de autoprotección eficaces para la sociedad, mediante el fortalecimiento de la sociedad civil, es más utópico aún que el intento anterior de lograr ese mismo objetivo fortaleciendo el Estado. Cualquier intento de fortalecer las instituciones sociales autónomas (sindicatos, municipalidades, etc.) en el contexto de la economía de mercado es fútil, en la medida en que no se propone superar la economía de mercado misma. La razón reside en que cualquier intento de ese tipo será incompatible con las exigencias de la competitividad (del país, o del bloque económico, de que se trate).

Por lo tanto, hoy hay una necesidad imperiosa de formular un nuevo enfoque liberador que vea las causas de la crisis multidimensional actual en términos de la concentración de poder que está implícita en cualquier estructura institucional no democrática, sea de la economía de mercado o de la variedad socialista de estatismo. Así que, lo que se necesita para abrir el camino a nuevas formas de organización social, es la creación de una conciencia de masas sobre el fracaso del 'capitalismo real' similar a la que condujo al derrumbamiento del 'socialismo real'. Hoy hay una necesidad apremiante de superar tanto la economía de mercado neoliberal como el estatismo socialista a fin de acabar con la miseria económica, que oprime a la mayoría de la población mundial, y detener la destrucción ecológica que nos amenaza a todos. No crear otras formas democráticas de organización social significa que, a medida que la crisis actual se intensifique, las 'soluciones' a los problemas sociales y ecológicos que dará el 'capitalismo real' en el futuro, van a ser, inevitablemente, de carácter cada vez más autoritario.

De manera que, aproximadamente 100 años después que los partidarios del estatismo socialista, que fracasó incluso antes que el régimen soviético tuviera la posibilidad de celebrar su 75º aniversario, triunfaron en el movimiento socialista internacional, está quedando cada vez más claro que la autonomía del individuo social solo puede lograrse en el contexto de la democracia -en otras palabras, dentro de una estructura y un proceso que, por la participación directa de los ciudadanos en el proceso de toma y ejecución de decisiones, garantice la distribución igual del poder político, económico y social entre ellos. En la parte siguiente de este libro se trazarán las líneas generales de una propuesta de democracia inclusiva.

Notas

1. Louis Uchitelle y N. R. Kleinfield, *International Herald Tribune*, 6 de marzo de 1996.
2. L. Thurow, *Head to Head: The Coming Economic Battle Among Japan, Europe and America*, Breal, 1992.
3. Louis Uchitelle y N. R. Kleinfield, *International Herald Tribune*.
4. Associated Press/*Eleftherotypia*, 2 de abril de 1996.
5. Organización Internacional del Trabajo (OIT), *Anuario de Estadísticas del Trabajo*, OIT, Ginebra, 1994.
6. Todos los cálculos del texto se basan en el *World Development Report 1995*, Banco Mundial, cuadros 1 y 5.
7. Ted Trainer, *Developed to Death*, Londres, Green Print, 1989, p. 120.
8. Según la Organización Internacional del Trabajo, en 1993 1.100 millones de personas vivían en condiciones de pobreza, mientras que un informe anterior del Banco Mundial clasificaba como pobre a la tercera parte de la población del Sur, *World Development Report 1990*, p. 28.

9. Cornelius Castoriadis, "The era of generalized conformism", conferencia dictada en la Universidad de Boston el 19 de setiembre de 1989 en un simposio que llevaba como título general "A metaphor for our times", publicada en griego en *The Broken World*, Atenas, Upsilon, 1992, p. 25.
10. *The Guardian*, 15 de octubre de 1993.
11. John Gray, *The Guardian*, 20 de noviembre de 1995.
12. Martin Woolcott, "The march of a martial law", *The Guardian*, 20 de enero de 1996.
13. Geoff Mulgan, "A high-stake society", *The Guardian*, 30 de enero de 1996.
14. Peter Kellner, "Jobs and homes worries haunting British voters", *The Observer*, 5 de mayo de 1996.
15. Louis Uchitelle y N. R. Kleinfield, *International Herald Tribune*.
16. Will Hutton, *The State We're In*, Londres, Jonathan Cape, 1995, p. 108.
17. Véase, por ejemplo, Thomas s. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1970; Imre Lakatos, *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970; Paul Feyerabend, *Against Method*, Londres, Verso, 1975 y Derek Phillips, *Abandoning Method*, San Francisco y Londres, Jossey-Bass, 1973.
18. Sobre la crisis de la metodología económica en particular, véase, por ejemplo, Daniel Bell e Irving Kristol, *The Crisis in Economic Theory*, Nueva York, Basic Books, 1981; Ken Kole *et al.*, *Why Economists Disagree*, Londres y Nueva York, Longman, 1983; Homa Katouzian, *Ideology and Method in Economics*, Londres, Macmillan, 1980; T. W. Hutchinson, *Knowledge and Ignorance in Economics*, Oxford, Blackwell, 1977.
19. Para una bibliografía extensa sobre este tema, véase el Capítulo 8.
20. Cornelius Castoriadis, "The era of generalized conformism".
21. Véase, por ejemplo, Greg Easterbrook, *A Moment of the Earth*, Nueva York, Penguin, 1995.
22. Las concentraciones de dióxido de carbono, medidas en partes por millón por volumen (tomadas de muestras de hielo) estaban en 280 aproximadamente para el período 1000-1750 pero al final del milenio han llegado a 361; Paul Brown, *The Guardian*, 13 de julio de 1996.
23. John Gribbin, "Climate and ozone", *The Ecologist*, vol. 21, Nº 3, mayo/junio de 1991.
24. Véase, por ejemplo, *The Guardian/Greenpeace*, "A report into the environmental forces shaping our future", *The Guardian*, 2 de junio de 1994.
25. Polly Ghazi, *The Observer*, 11 de abril de 1993.
26. *The Observer*, 24 de marzo de 1996.
27. Tracey Clunies-Ross y Nicholas Hildyard, "The politics of industrial agriculture", *The Ecologist*, vol. 22, Nº 2, marzo/abril de 1992, p. 67.
28. Tracey Clunies-Ross y Nicholas Hildyard, "The politics of industrial agriculture", p. 67.
29. Para un tratamiento de estos asuntos, véase, por ejemplo, Andrew Dobson, *Green Political Thought*, Londres, Routledge, 1990, 1995.
30. Para un ejemplo de economía liberal neoclásica que se usa en el análisis de los problemas ambientales, véase Michael Common, *Environmental and Resource Economics*, Londres, Longman, 1988.
31. Véanse las obras de Murray Bookchin: por ejemplo, *The Ecology of Freedom*, Montreal, Black Rose, 1991; *The Philosophy of Social Ecology*, Montreal, Black Rose, 1995; *From Urbanization to Cities: Towards a New Politics of Citizenship*, Londres, Cassell, 1995.
32. Para una descripción útil del ecosocialismo y sus diferencias con el ecoanarquismo y otras tendencias Verdes, véase David Pepper, *Eco-Socialism: From Deep Ecology to Social Justice*, Londres, Routledge, 1993 y *Modern Environmentalism*, Londres, Routledge, 1996.
33. Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, *Our Common Future*, Naciones Unidas, 1987.
34. Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, *Our Common Future*, p. 87.
35. El Informe establece, por ejemplo, que el objetivo debería ser "una economía adaptada al crecimiento y la eliminación de la pobreza en el mundo"; Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, *Our Common Future*, p. 18. Del mismo modo, se afirma que el desarrollo sustentable "requiere... una seguridad de que los pobres tengan la parte que les corresponde de los recursos", p. 8.

36. En el Informe se pide crecimiento económico y al mismo tiempo se da por sentado que éste es compatible con el objetivo de "aumentar" la base de recursos del medio ambiente", Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, *Our Common Future*, pp. 1, 364.
37. Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, *Our Common Future*, p. 51.
38. Ted Trainer, "A rejection of the Brundtland Report", p. 74.
39. Véase, por ejemplo, John M. Gowdy, "Progress and environmental sustainability", *Environmental Ethics*, vol. 16, Nº 1, primavera de 1994.
40. Richard Douthwaite, *The Growth Illusion*, Devon, Resurgence, 1992, cap. 15.
41. John M. Gowdy, "Progress and environmental sustainability", p. 52.
42. E. G. Vallianatos, "Subversive theory: ecology, gaioentric sustainable development and the Third World", *Society and Nature*, vol. 3, Nº 1, 1995, pp. 93-116.
43. E. G. Vallianatos, "Subversive theory", p. 108.
44. E. G. Vallianatos, "Subversive theory", pp. 108-109.
45. Para una crítica de la tesis de la "neutralidad de la tecnología", véase Cornelius Castoriadis, *Philosophy, Politics, Autonomy*, p. 192. Véase también el estudio de Frances Stewart que muestra que la manera en que se escoge la tecnología en la práctica no tiene nada de "neutral"; Frances Stewart, *Technology and Underdevelopment*, Londres, Macmillan, 1978, cap. 1.
46. Ted Trainer, *Developed to Death*, p. 3.
47. Ted Trainer, *The Conserver Society*, Londres, Zed Books, 1995, p. 9.
48. Ted Trainer, *The Conserver Society*, p. 12.
49. Ted Trainer, *The Conserver Society*, p. 13.
50. Véase Ted Trainer, "What is development?", *Society and Nature*, vol. 3, Nº 1, 1995, pp. 26-56.
51. Ted Trainer, *Developed to Death*, p. 204.
52. Ted Trainer, *The Conserver Society*, p. 220.
53. Véase, por ejemplo, Henri Lepage, *Tomorrow, Cápitalism, The Economics of Economic Freedom*, Londres, Open Court, 1982; Nick Bosanquet, *After the New Right*, Londres, Heinemann, 1983; Mark Hayes, *The New Right in Britain*, Londres, Pluto Press, 1994.
54. Véase Takis Fotopoulos, "Economic restructuring and the debt problem: the Greek case", *International Review of Applied Economics*, vol. 6, Nº 1, 1992, pp. 38-64.
55. A. Atkinson *et al.*, *Income Distribution in OECD countries*, París, OCDE, 1995, p. 47.
56. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Human Development Report*, 1992, Nueva York, Oxford University Press, 1992.
57. PNUD, *Human Development Report*, 1996, Nueva York, Oxford University Press, 1996; véase también Duncan Smith, *In Search of Social Justice*, Londres, The New Economics Foundation, 1995.
58. Edward Wolff, "How the pie is sliced: America's growing concentration of wealth", *The American Prospect*, verano boreal de 1995.
59. Francis Green *et al.*, "Income inequality in corporatist and liberal economies: a comparison of trends within OECD countries", *International Review of Applied Economics*, vol. 8, Nº 3, 1994.
60. Véase John Ely, "Libertarian ecology and civil society"; y Konstantinos Kavoulakos, "The relationship of realism and utopianism: the theories of democracy of Habermas and Castoriadis", *Society and Nature*, vol. 2, Nº 3, 1994.
61. Michael Walzer, "The civil society argument" en *Dimensions of Radical Democracy*, Chantal Mouffe (ed.), Londres, Verso, 1992, 1995, pp. 89-107.
62. "Ahora Derrida, Lacan, Lyotard, Kristeva, etc..... escriben cosas que tampoco yo entiendo... nadie que dice que entiende puede explicármelo y no tengo la clave de cómo proceder para superar mis fallas", Noam Chomsky "On 'theory' and 'post-modern cults'", *Upstream Issues*, 1996.
63. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 89.
64. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 91.
65. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 92.
66. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 105.
67. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 95.
68. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 98.

69. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 97.
70. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 99.
71. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 100.
72. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 100.
73. Michael Walzer, "The civil society argument", p. 104.
74. Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press, 1996.
75. Véase, por ejemplo, Hilary Wainwright, *Arguments for a New Left, Answering the Free Market Right*, Oxford, Blackwell, 1994, cap. 3.
76. Véase April Carter, *Marx: A Radical Critique*, Brighton, Wheatsheaf, 1988, y "Outline of an anarchist theory of history" en *For Anarchism: History, Theory and Practice*, D. Goodway (ed.), Londres, Routledge, 1989, pp. 176-197.
77. James O'Connor, "Socialism and ecology", *Society and Nature*, vol. 1, Nº 1, 1992, pp. 117-129.
78. Véase también M. Olson, *The Rise and Decline of Nations*, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1988.
79. Véase David G. Green, *Reinventing Civil Society*, Londres, IEA, 1993.

Segunda parte

Hacia una democracia confederal inclusiva